

Habitabilidad básica y catástrofes

En claro contraste con el resto de todo lo biológico, la vida humana es *trágica*. Y lo es porque sólo nosotros *somos conscientes*. Únicamente los humanos sabemos de nuestra íntima *vulnerabilidad*, de nuestro ser “seres para la muerte”.

Vaya esto por delante ya que sólo quien asume plenamente esta verdad podrá mirar de frente a lo real y –cada vez que alguna de las crónicas catástrofes naturales nos arrasa– evitar el consabido ridículo intelectual en que siempre se pone a sí mismo el fariseo; que, lejos de ajustar razonablemente sus reflexiones a *la verdad*, limita sus reacciones a: buscar compulsivamente culpables, rasgarse las vestiduras, poner el grito en el cielo y levantar impertinentemente el dedo para señalar al semejante. Ya que, mal que le pese al atolondrado justiciero, sólo cabe proferir con legitimidad ese grito desgarrador absoluto si el lamento es de índole metafísica. Como, por ejemplo, mostraron inconfundiblemente en su momento: aquel irónico rey persa que mandó azotar el mar cuando una galerna hundió sus naves; Voltaire, cuando “en nombre de la razón humana” escribió con suma lucidez el glorioso manifiesto contra el terremoto que asoló en 1755 Lisboa; o, más cercano a nosotros, Unamuno, con la desmesurada grandeza de espíritu que tanto le caracterizaba.

Así las cosas, hay que aceptar pues la dolorosa evidencia de que, a veces, manda el azar y, por tanto, una parte sustantiva de los males y los daños –que en el párrafo siguiente vamos a intentar sintetizar a escala mundial en unas cifras escuetas– producidos por las catástrofes naturales son claramente inevitables para toda sociedad histórica y políticamente condicionada. Sin embargo, y justo es también reconocerlo, otra parte sustancial de esos males se pueden obviamente soslayar desde la propia inmanencia humana: mediante la inteligencia, la voluntad y el trabajo previo adecuada y públicamente organizado.

Durante las tres últimas décadas se ha catalogado una media de seiscientas catástrofes anuales de todo tipo (sequías, tormentas, inundaciones, terremotos, volcanes, temperaturas extremas, deslizamientos de tierras, oleajes e incendios) que, a su vez, han venido produciendo unas sesenta mil muertes al año, además de ingentes pérdidas en bienes y capital fijo instalado. Y, por si fuera poco, este año ha sido al respecto excepcionalmente malo; al margen de otras catástrofes, como los huracanes que tan duramente han castigado Centroamérica y el sur de USA, se estima que sólo el terremoto que el pasado 8 de octubre arrasó una parte de Pakistán produjo ya más de setenta mil muertes.

La *habitabilidad* tiene un carácter unificado y global que se extiende a todas las necesidades residenciales: no sólo a la casa familiar, sino a todo el entorno externo de *espacios públicos*, *dotaciones* y *servicios* que, en conjunto, conforman cada núcleo de población; y también al *transporte* y resto de *infraestructuras* generales indispensables para el funcionamiento eficiente del *sistema de asentamientos* que constituyen propiamente el territorio habitado; pues, en ultima instancia, dicho territorio construido es el que mejor garantiza la vida saludable de las personas. Sin gozar del espacio necesario para poder demostrarlo aquí, dentro de todo el conjunto de urgencias humanas y de necesidades materiales –de alimentación, vestido, higiene, salud...– destaca la *Habitabilidad básica (HaB)*, pues quizá su logro sea el que más incide en cada uno de los tres factores (expectativas de vida, educación y renta) con que, más allá de lo meramente económico, Naciones Unidas intenta reflejar cada año el progreso de los países en el Índice de Desarrollo Humano (IDH). Y tal es así que IDH y *HaB* llegan a resultar plenamente intercambiables. Ciertamente, tenemos la honda convicción que las casi cuatro décadas de expectativa de vida en que aventaja la

Europa comunitaria al África negra, se deben, por encima de cualquier otra consideración, a las muy diferentes condiciones de asentamiento y *habitabilidad* que ambas presentan.

Cabe pues decir que la inmensa mayoría de aquellas muertes anuales que hubieran podido evitarse –y, lo que es mucho más importante, las equivalente que se podrán evitar en el futuro– se debieron a que dichas personas no tenían cubierta su *HaB*, sino que, muy por el contrario, residían en precario y con manifiestas deficiencias en alguna de las cuatro etapas esenciales que –ahora explicaremos– conforman todo proceso de asentamiento. Las estimaciones mundiales de estos déficit están actualmente cifradas en no menos de 2.400 millones de habitantes, el 37,5 % de la población mundial. Hay cierta lógica en que gran parte del proceso de asentamiento mundial esté ahora fuera de control, pues las desmesuradas demografías del presente y la creciente concentración urbana nos enfrentan a un reto de calibre hasta ahora desconocido. Reto para el que ya tenemos los instrumentos urbanísticos adecuados pero que por ahora sólo se han empleado de manera testimonial, ya que aún no hemos sido capaces de generalizarlos a la escala que el problema requiere.

De las cuatro etapas consecutivas, con autonomía relativa, que presenta el proceso de asentamiento: 1) elección de suelos y lugares apropiados, 2) parcelación ordenada, 3) urbanización y 4) edificación de equipamientos y viviendas, la función pública debería dirigirse prioritariamente a la elección adecuada del suelo ya que, al situarse en la cabecera del proceso, es la etapa que de forma más crucial vulnera el desarrollo.

Además, en lo relativo a los gastos, las etapas de suelo y parcelación precisan principalmente de estudios y trabajos profesionales con los que raramente cuentan los pobladores de la informalidad y que, por tanto, habrán de ser sumamente importantes para ellos. De ahí la gran rentabilidad de acometer prioritariamente estos trabajos. En lo que respecta a las otras dos etapas que cierran el ciclo, la de urbanización y edificación, los esfuerzos públicos restantes habrán de concentrarse en la urbanización de la red de espacios públicos y los pequeños equipamientos de salud y escuelas, llegando cuando sea posible a la realización de espacio productivo de talleres, explotación agrícola, etcétera. Las viviendas semilla propiamente dichas habrán de remitirse preferentemente al esfuerzo de las familias de pobladores, si bien con la ayuda profesional pertinente en proyectos y bancos de materiales.

Aunque extremadamente difícil éste, creemos, es el camino que resulta más razonable para que miles de millones de personas, que viven en la precariedad residencial y son crónicamente afectados por los desastres naturales, mejoren en un tiempo óptimo sus condiciones de vida y puedan alcanzar la *HaB*; a su vez, manifiestamente mejorable de forma progresiva en un futuro inmediato.

Es aquí donde *la universalización paulatina de la HaB* presenta, además, todo su gran potencial de desarrollo y mejora, no sólo de las condiciones residenciales de vida de esos miles de millones de personas, sino también de sí mismas y de su propia capacitación laboral a través de una participación decidida en la auto-construcción de los lugares que habitan.

Felipe Colavidas

Julián Salas

Directores del Instituto de Cooperación al Desarrollo de la Habitabilidad Básica (ICHaB)
Escuela Técnica Superior de Arquitectura (UPM)